

## Un surco fecundo \*

El 8 de diciembre de 1950, el Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer escribía: «Sólo se me ocurre decirte, amigo lector, que pongas en muchas manos este libro, y así se pegará a muchos corazones nuestra divina locura de tratar a Cristo. Y que ruegues, al Señor y a su bendita Madre, por mí: para que pronto tú y yo volvamos a encontrarnos en otro libro mío —*Surco*—, que pienso entregarte dentro de pocos meses»<sup>1</sup>.

Este deseo del Fundador del Opus Dei se hace realidad ahora, cuando se cumple el undécimo aniversario de su tránsito al Cielo. Realmente, *Surco* podría haber salido hace muchos años, y en varias ocasiones Monseñor Escrivá de Balaguer estuvo a punto de enviarlo a la imprenta. Sin embargo, como solía repetir con palabras de un viejo refrán castellano, «*no se puede repicar y andar en la procesión*». Su intensísimo trabajo fundacional, la labor de gobierno al frente del Opus Dei, y otras mil tareas al servicio de la Iglesia, le impidieron dar el último repaso —tranquilo, sosegado— a este libro que, como *Camino*, es fruto directo de su vida interior y de su experiencia de almas. Sin embargo, lo había dejado terminado —a falta de la última revisión estilística— desde hace tiempo, incluso con los títulos de los diversos capítulos que lo integran.

Al igual que *Camino*, libro de Monseñor Escrivá de Balaguer que

---

\* Presentación a la primera edición de *Surco* (19-III-1986).

<sup>1</sup> *Camino*, nota a la 7ª edición castellana, Ed. Rialp, Madrid 1950.

ha alcanzado ya una tirada superior a los tres millones de ejemplares, y que ha sido traducido a treinta y tantas lenguas, *Surco* es un libro escrito para ayudar a la meditación personal. Los pensamientos que recoge también son fruto de la vida y de la experiencia de su autor, aunque tiene distinto carácter. Como el mismo Monseñor Escrivá de Balaguer afirma, la finalidad de este libro es hacer «contemplar virtudes de hombre» (prólogo). No pretende, pues, ser un tratado moral, ni realizar un estudio sistemático de las virtudes humanas, sino poner ante el lector, de manera práctica y concreta, la importancia de las virtudes humanas en el vivir cristiano.

Con la amplia experiencia de almas que le caracteriza, el Fundador del Opus Dei hace desfilar en este libro un conjunto de cualidades que deben relucir en la vida de los cristianos: generosidad, audacia, alegría, sinceridad, lealtad, naturalidad, amistad, pureza, responsabilidad... La simple lectura de los títulos del sumario permite descubrir el amplio panorama de perfección humana que Monseñor Escrivá de Balaguer descubre en Jesucristo, «*perfecto Dios y perfecto Hombre*»<sup>2</sup>.

Jesús es el Modelo acabado del ideal humano del cristiano, pues —como ha escrito el Santo Padre Juan Pablo II— «Cristo Redentor revela plenamente el hombre al mismo hombre. Tal es —si se puede hablar así— la dimensión humana del misterio de la Redención. En esta dimensión el hombre vuelve a encontrar la grandeza, la dignidad y el valor propios de su humanidad»<sup>3</sup>. Valgan como resumen de todas estas virtudes las palabras con las que el autor de *Surco* da gracias a Nuestro Señor por haber querido hacerse «perfecto Hombre, con un Corazón amante y amabilísimo, que ama hasta la muerte y sufre; que se llena de gozo y de dolor; que se entusiasma con los caminos de los hombres, y nos muestra el que lleva al Cielo; que se sujeta heroicamente al deber, y se conduce por la misericordia; que vela por los pobres y por los ricos; que cuida de los pecadores y de los justos...» (n. 813).

<sup>2</sup> Símbolo Atanasiano.

<sup>3</sup> Juan Pablo II, Litt. enc. *Redemptor hominis*, 4-III-1979, n. 10.

Lo que en estas páginas aparece es la vida misma del cristiano, en la que lo divino y lo humano se entrelazan sin confusión, pero sin solución de continuidad. «No olvides que mis consideraciones —afirma el autor—, por muy humanas que te parezcan, como las he escrito —y aun vivido— para ti y para mí cara a Dios, por fuerza han de ser sacerdotales» (prólogo). Son virtudes humanas de un cristiano, y precisamente por eso se muestran en toda su sazón, dibujando el perfil del hombre y de la mujer maduros, con la madurez propia de los santos. En los comentarios de Monseñor Escrivá de Balaguer sobre una u otra virtud, está siempre presente el eco de aquellas palabras de San Agustín: «como la virtud es el camino que conduce a la verdadera felicidad, su definición no es otra que un perfecto amor a Dios. Su cuádruple división no expresa más que varios afectos de un mismo amor, y por eso no dudo definir estas cuatro virtudes —que ojalá estén tan arraigadas en los corazones como sus nombres en las bocas de todos— como distintas funciones del amor. La templanza es el amor que se entrega totalmente al objeto amado; la fortaleza es el amor que todo lo soporta por el objeto de sus amores; la justicia es el amor únicamente esclavo de su amado y que ejerce, por lo mismo, señorío conforme a la razón; finalmente, la prudencia es el amor que con sagacidad y sabiduría elige los medios de defensa contra toda clase de obstáculos»<sup>4</sup>.

Monseñor Escrivá de Balaguer presenta estas virtudes a la luz del fin último del hombre. El capítulo *Más allá* trata de situar al lector en esta perspectiva, sacándole de una lógica meramente terrena para anclarle en la lógica eterna (cfr. n. 879). De este modo, las virtudes humanas del cristiano se colocan muy por encima de las virtudes meramente naturales. Por ejemplo, ante las penas de esta vida, la reciedumbre cristiana no se confunde con un aguantar estoicamente la adversidad, sino que se convierte en fuente de vida sobrenatural, porque «ésta ha sido la gran revolución cristiana: convertir el dolor en sufrimiento fecundo: hacer, de un mal, un bien» (n. 887). La muerte es

<sup>4</sup> San Agustín, *De moribus Ecclesiae Catholicae et de moribus manicheorum*, libro I, cap. 15 (PL 32, 1322).

vista con serenidad y alegría, sin miedo, sin tragedias. Hasta las penas purificadoras después de la muerte son contempladas en esta óptica: como una muestra de la misericordia de Dios, que limpia los defectos de quienes han luchado por identificarse con su Hijo (cfr. n. 889).

Para Monseñor Escrivá de Balaguer, las virtudes humanas no son nunca algo añadido exteriormente a la existencia cristiana: constituyen, por el contrario, la trama que sustenta las virtudes teológicas y los dones del Espíritu Santo. El autor es bien consciente de que sólo la gracia otorga al hombre la capacidad de realizar el bien sobrenatural; pero también sabe que «la gracia obra sobre la naturaleza» (prólogo), y que las virtudes infusas necesitan ordinariamente de las virtudes humanas para la perfección de sus operaciones. Por eso les concede tanta importancia, al tiempo que se duele porque «muchos son los cristianos que siguen a Cristo, pasmados ante su divinidad, pero le olvidan como Hombre..., y fracasan en el ejercicio de las virtudes sobrenaturales —a pesar de todo el armatoste externo de piedad—, porque no hacen nada por adquirir las virtudes humanas» (n. 652).

Este sentido entrañablemente humano de la vida cristiana está siempre presente en la predicación y en los escritos del Fundador del Opus Dei. No le gustaban los *espiritualismos* desencarnados, porque —así solía repetir— el Señor nos ha hecho hombres, no ángeles, y como seres humanos hemos de conducirnos. Así se expresa en la homilía *Virtudes humanas*, recogida en uno de los volúmenes ya publicados que recogen parte de su rica predicación. «Cierta mentalidad laicista y otras maneras de pensar que podríamos llamar *pietistas*, coinciden en no considerar al cristiano como hombre entero y pleno. Para los primeros, las exigencias del Evangelio sofocarían las cualidades humanas; para los otros, la naturaleza caída pondría en peligro la pureza de la fe. El resultado es el mismo: desconocer la hondura de la Encarnación de Cristo, ignorar que *el Verbo se hizo carne, hombre, y habitó en medio de nosotros* (Ioann. I, 14).

»Mi experiencia de hombre, de cristiano y de sacerdote me enseña todo lo contrario: no existe corazón, por metido que esté en el pecado, que no esconda, como el rescoldo entre las cenizas, una lumbre de

nobleza. Y cuando he golpeado en esos corazones, a solas y con la palabra de Cristo, han respondido siempre.

»En este mundo, muchos no tratan a Dios; son criaturas que quizá no han tenido ocasión de escuchar la palabra divina o que la han olvidado. Pero sus disposiciones son humanamente sinceras, leales, compasivas, honradas. Y yo me atrevo a firmar que quien reúne esas condiciones está a punto de ser generoso con Dios, porque las virtudes humanas componen el fundamento de las sobrenaturales»<sup>5</sup>.

Al mismo tiempo, Monseñor Escrivá de Balaguer pone vigorosamente de relieve la trascendencia de la acción de Dios, que hace que la vida del cristiano no quede nunca reducida a un humanismo inmanentista, chato y sin relieve. «Es verdad —continúa el texto de la homilía que acabo de citar— que no basta esa capacidad personal: nadie se salva sin la gracia de Cristo. Pero si el individuo conserva y cultiva un principio de rectitud, Dios le allanará el camino; y podrá ser santo porque ha sabido vivir como hombre de bien»<sup>6</sup>.

Esta doctrina del Fundador del Opus Dei aúna los aspectos humanos y divinos de la perfección cristiana, sin separación ni confusión, como no puede menos de suceder cuando se conoce con hondura y se ama apasionadamente la doctrina católica sobre el Verbo encarnado.

Al exponer las virtudes humanas de modo concreto y vivido —ya hemos señalado que *Surco* no es un libro de estudio, sino de meditación—, el autor va trazando el perfil del cristiano que vive y trabaja en medio del mundo, comprometido en los afanes nobles que mueven a los demás hombres y, al mismo tiempo, totalmente proyectado hacia Dios. El retrato que resulta es sumamente atractivo. El hombre cristiano «no debe quedarse en el rasero de una criatura mediocre. Dios le llama para que actúe como portador de humanidad y transmisor de una novedad eterna» (n. 419); es «sereno y equilibrado de carácter» (n. 417), y por eso sabe dar las notas «de la vida corriente, las que habitualmente escuchan los demás» (n. 440). Está dotado de «inflexi-

<sup>5</sup> *Amigos de Dios*, cit., n. 74.

<sup>6</sup> *Ibid.*, cit., n. 75.

ble voluntad, fe profunda y piedad ardiente» (n. 417), y pone al servicio de los demás hombres las cualidades de que está adornado (cfr. n. 422). Su mentalidad, universal, tiene las siguientes características: «amplitud de horizontes, y una profundización enérgica, en lo permanentemente vivo de la ortodoxia católica; afán recto y sano —nunca frivolidad— de renovar las doctrinas típicas del pensamiento tradicional, en la filosofía y en la interpretación de la historia...; una cuidadosa atención a las orientaciones de la ciencia y del pensamiento contemporáneos; y una actitud positiva y abierta, ante la transformación actual de las estructuras sociales y de las formas de vida» (n. 428).

En abierto contraste con este retrato, Monseñor Escrivá de Balaguer dibuja también el del hombre frívolo, vacío de verdaderas virtudes, que es como una caña movida por el viento<sup>7</sup> del capricho o de la comodidad. Su excusa típica es ésta: «no me gusta comprometerme en nada» (n. 539); y su existencia transcurre en el más desolador de los vacíos. Frivolidad que, desde un punto de vista cristiano, tiene también otros nombres: «cuquería, tibieza, frescura, falta de ideales, adocenamiento» (n. 541).

«Nada perfecciona tanto la personalidad como la correspondencia a la gracia» (n. 443), concluye el autor de *Surco*. Y brinda al lector un consejo certero: «procura imitar a la Virgen, y serás hombre —o mujer— de una pieza» (n. 443). Así, el cristiano estará en condiciones de transmitir a los demás hombres, junto con sus ideales sobrenaturales, toda esa carga de humanidad de la que es depositario. A este aspecto está consagrado todo un capítulo de ese libro, bajo el revelador título —tan evangélico— de *Pescadores de hombres*.

¿Cuál es el contenido esencial de los valores humanos, de que trata *Surco*? Anticipo que, precisamente por ser fruto de la experiencia espiritual de su autor, no resulta fácil resumirlos. Por exigencias de claridad y de orden en la exposición, me limitaré a seguir el tradicional esquema de las cuatro virtudes cardinales.

De la prudencia, *sabiduría del corazón*<sup>8</sup> que rige toda la vida moral,

<sup>7</sup> Cfr. *Mt* 11, 7.

<sup>8</sup> Cfr. *Prov* 16, 21.

trata Monseñor Escrivá de Balaguer en cuatro capítulos. Los puntos se centran en lo que Santo Tomás considera como el acto principal de esta virtud: el *praecipere*, el llevar a la práctica lo que se ha decidido, después de un estudio ponderado de todas las circunstancias concretas que concurren en una acción <sup>9</sup>.

Desde las primeras páginas de *Surco*, se pone en guardia al lector frente al fantasma de los *respetos humanos*, que lleva a tantos hombres y mujeres a no manifestar adecuadamente, en la vida diaria, las exigencias de su fe. Monseñor Escrivá de Balaguer invita, una vez más, a la «santa desvergüenza» (n. 35), que es coherencia entre lo que se cree y lo que se vive, sin miedo a chocar con un entorno adverso. «Cuando está en juego la defensa de la verdad —escribe—, ¿cómo se puede desear no desagradar a Dios y, al mismo tiempo, no chocar con el ambiente? Son cosas antagónicas; ¡o lo uno o lo otro! Es preciso que el sacrificio sea holocausto: hay que quemarlo todo..., hasta el “qué dirán”, hasta eso que llaman reputación» (n. 34). En este miedo al *qué dirán* se esconde una concreta carencia de virtudes humanas. «Hay algunos que, cuando hablan de Dios, o del apostolado, parece como si sintieran la necesidad de defenderse. Quizá porque no han descubierto el valor de las virtudes humanas y, en cambio, les sobra deformación espiritual y cobardía» (n. 37).

A la tarea de difundir sin respetos humanos el mensaje evangélico consagra el capítulo *Propaganda*, en el que desenmascara el viejo prejuicio anticlerical de los planteamientos laicistas, proponiendo una propaganda católica hecha capilarmente —de amigo a amigo, de vecino a vecino, de pariente a pariente...—, que es el único modo de que sea eficaz la otra propaganda, a través de los medios de comunicación, que también ha de ponerse —y cada día más— al servicio de los intereses de Cristo. Esta propaganda cristiana «no necesita provocar antagonismos, ni maltratar a los que no conocen nuestra doctrina. Si se procede con caridad —“caritas omnia suffert!”—, el amor lo soporta todo; quien era contrario, defraudado de su error, sincera y delicadamente puede acabar comprometiéndose. Sin embargo, no caben

<sup>9</sup> Cfr. Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 47, a. 8.

cesiones en el dogma, en nombre de una ingenua “amplitud de criterio”, porque, quien así actuara, se expondría a quedarse fuera de la Iglesia: y, en lugar de lograr el bien para otros, se haría daño a sí mismo» (n. 939).

En los capítulos titulados *Disciplina y Responsabilidad*, Monseñor Escrivá de Balaguer condensa su experiencia de hombre de gobierno y de formador de almas. En una amplia serie de puntos, escritos con lenguaje directo, queda plasmada la actuación prudente de quienes están constituidos en alguna autoridad. Ahí se muestra cómo el gobernante ha de destacar por su sentido de humanidad y sus buenos modales; por la confianza que ha de infundir en sus súbditos; por su fortaleza, flexibilidad y afán de servicio; por su respeto a la libertad, sabiendo tratar a cada persona como es, sin generalizaciones injustas; por una profunda y sincera humildad, que le llevará a tener en cuenta el parecer de los demás, a no fiarse exclusivamente del propio juicio, a amar el gobierno colegial, a esforzarse por transmitir su ciencia a otros y a no hacerse imprescindible... Es tanta la riqueza de estos capítulos, que resulta imposible exponerlos por entero. Basten, como botón de muestra, dos o tres máximas breves pero incisivas: «Gobernar no es mortificar» (n. 390). «Gobernar, muchas veces, consiste en saber “ir tirando” de la gente, con paciencia y cariño» (n. 405). «No ambiciones más que un solo derecho: el de cumplir tu deber» (n. 413).

La virtud de la justicia está ampliamente tratada en *Surco*. No podía ser de otro modo, pues toda la vida del hombre sobre la tierra es un entrelazarse de derechos y deberes: con Dios, con los demás, con la sociedad. La conciencia de estos deberes crea en el cristiano un hondo sentido de responsabilidad. Este es precisamente uno de los hilos conductores de *Surco*, ya desde el primer punto: «Son muchos los cristianos persuadidos de que la Redención se realizará, y de que debe haber algunas almas —no saben quiénes— que con Cristo contribuyen a realizarla. Pero la ven a un plazo de siglos, de muchos siglos...: serían una eternidad, si se llevara a cabo al paso de su entrega. Así pensabas tú —concluye este primer punto, poniendo al lector frente a su responsabilidad de cristiano—, hasta que vinieron a “despertarte”» (n. 1).



Justicia, en primer lugar, con Dios. El capítulo *Oración* refleja este deber primordial del hombre. «Conscientes de nuestros deberes, ¿vamos a pasar un día entero, sin acordarnos de que tenemos alma?» (n. 444). Porque «la oración no es prerrogativa de frailes: es cometido de cristianos» (n. 451) y necesaria para la eficacia de su misión en el mundo: «¿Católico, sin oración?... Es como un soldado sin armas» (n.453). Un deber de rezar que no puede limitarse a las oraciones vocales, tan amadas por el Fundador del Opus Dei, sino que llevará al cristiano a ponerse delante de Dios de modo personal, a hablar con Cristo cara a cara, saliendo del anonimato (cfr. n. 456). Al mismo tiempo, se desarrollará en libertad, sin encorsetar a las almas en moldes rígidos, sin poner barreras a la acción siempre original del Espíritu Santo.

En este contexto de acatamiento de los derechos de Dios y de respeto a la libertad humana, se encuadra el deber de obedecer a los legítimos superiores. «Se obedece con los labios, con el corazón y con la mente. Se obedece no a un hombre, sino a Dios» (n. 374). Una obediencia dócil, «pero con inteligencia, con amor y sentido de responsabilidad» (n. 372), propia de personas que hacen suyos los encargos recibidos y ponen todas sus energías al cumplirlos. Son características esenciales del modo en el que el Fundador del Opus Dei entendió siempre la obediencia, en la que veía —lo mismo que en la labor de gobierno— una tarea de amor y de servicio, necesaria para la eficacia del trabajo del apostolado. Una breve *parábola* describe los frutos de esta disciplina santa: «“Era un guerrillero —escribe—, y me movía por el monte, disparando cuando me daba la real gana. Pero quise alistarme como soldado, porque comprendí que las guerras las ganan, más fácilmente, los ejércitos organizados y con disciplina. Un pobre guerrillero aislado no puede tomar ciudades enteras, ni ocupar el mundo. Colgué mi escopetón —¡resulta tan anticuado!—, y ahora estoy mejor armado. A la vez, sé que no puedo ya tumbarme en el monte, a la sombra de un árbol, y soñar que yo solito ganaré la guerra”.

»—¡Bendita disciplina y bendita unidad de nuestra Madre la Iglesia Santa!» (n. 409).

Los deberes profesionales encuentran su marco en el capítulo sobre *Trabajo*, resumen de las enseñanzas del autor sobre un aspecto

esencial del mensaje que Dios le confió el 2 de octubre de 1928, fecha fundacional del Opus Dei: que todos los trabajos rectos de los hombres pueden ser medio e instrumento de santificación personal y de apostolado. Partiendo una vez más del ejemplo de Jesucristo en sus años de Nazaret, Monseñor Escrivá de Balaguer reafirma su visión del trabajo como participación en la creación y en la redención, y pone de relieve las coordenadas que hacen posible la santificación del trabajo: realizarlo con perfección humana y con perfección sobrenatural; es decir, con competencia profesional y cuidado de los detalles, de una parte; y con rectitud de intención, por amor a Dios y a las almas, de otra. De este modo, cualquier trabajo —aun el más oscuro y menos brillante a los ojos humanos— es un verdadero camino de santidad.

El Señor ha querido que éste sea el núcleo de la vocación al Opus Dei, como se refleja con viveza en uno de los puntos de este libro: «Me escribes en la cocina, junto al fogón. Está comenzando la tarde. Hace frío. A tu lado, tu hermana pequeña —la última que ha descubierto la locura divina de vivir a fondo su vocación cristiana— pela patatas. Aparentemente —piensas— su labor es igual que antes. Sin embargo, ¡hay tanta diferencia!

»—Es verdad: antes “sólo” pelaba patatas; ahora, se está santificando pelando patatas» (n. 498).

Entre los deberes de justicia, los que se refieren a la verdad se desarrollan en cinco capítulos de *Surco*; los títulos son bien significativos: *Veracidad*, *Sinceridad*, *Naturalidad*, *Hipocresía*, *La lengua*. Esta insistencia se explica, no sólo por la capital importancia para la vida social de los deberes contenidos en el octavo mandamiento del decálogo, sino por el apasionado amor del Fundador del Opus Dei a la verdad. Para Monseñor Escrivá de Balaguer, la verdad —toda verdad— tiene algo de sagrado, en cuanto es reflejo de la Verdad Suma que es Dios; por eso siente el deber de respetarla y de difundirla, especialmente cuando se trata de una verdad de fe, revelada por Dios y propuesta por la Iglesia para ser creída. La peor intolerancia, afirma, es «la de impedir que la verdad sea proclamada» (n. 600).

El amor a la verdad lleva a no ignorar los problemas que puedan presentarse, sino a afrontarlos con decisión y claridad, para poder

resolverlos (cfr. n. 581); mueve también a saber rectificar las propias opiniones, cuando cambian los datos que se tenían (cfr. n. 605); a comenzar las reformas por uno mismo, antes de exigir a los demás que se corrijan (cfr. n. 636); a dolerse ante las armas injustas —calumnia, difamación, mentira...— que muchos hombres utilizan para sus fines mezquinos (cfr. nn. 588-594, 899-926) sin pagarles nunca con la misma moneda; por el contrario, «ésta ha de ser tu actitud ante la difamación. Primero, perdonar: a todos, desde el primer instante y de corazón. —Después, querer: que no se te escape ni una falta de caridad: ¡responde siempre con amor!» (n. 920). Puedo testimoniar que, con estas palabras, Monseñor Escrivá de Balaguer hace el resumen de su propia vida. Tenía un corazón tan grande que jamás consideró a alguien como enemigo; por el contrario, trataba a todos como a hermanos y sabía perdonar desde el primer momento a quienes pretendían causarle algún daño, viendo en todos los sucesos de la vida la amabilísima Voluntad de nuestro Padre Dios.

Con insistencia se detiene en otras dos consecuencias del amor a la verdad: la *sinceridad* en las palabras y la *naturalidad* en la conducta. Desde niño aborrecía lo que no fuera claro, diáfano, transparente; mientras mostraba un aprecio especial por la actitud sencilla y noble de las almas sinceras. Estos sentimientos se reflejan con claridad en el siguiente punto: «Leías en aquel diccionario los sinónimos de insincero: “ambiguo, ladino, disimulado, taimado, astuto”... —Cerraste el libro, mientras pedías al Señor que nunca pudiesen aplicarte esos calificativos, y te propusiste afinar aún más en esta virtud sobrenatural y humana de la sinceridad» (n. 337).

A la *amistad* y a la *lealtad* dedica el autor sendos capítulos en este libro. La amistad la concibe como verdadera fraternidad, que mueve a compartir con el amigo los bienes que se poseen, y especialmente el bien más grande de que es posible gozar en esta vida: la amistad con Dios. Por eso, el apostolado viene a constituir la manifestación más alta y desinteresada de la verdadera amistad. «Te consideras amigo porque no dices una palabra mala. —Es verdad: pero tampoco veo una obra buena de ejemplo, de servicio...

»—Ésos son los peores amigos» (n. 740).

La amistad del cristiano, verdadera caridad de Cristo, es inseparable de la lealtad, virtud que el Fundador del Opus Dei consideraba como la base humana de la fidelidad a Cristo, el gran Amigo que ha llevado su amor por los hombres hasta el extremo de entregar su vida por nosotros. De ahí su insistencia —siempre, pero de modo especial en los últimos años de su vida, cuando la deslealtad cundía en la sociedad civil y en la eclesial— en que el cristiano se comporte siempre lealmente con Dios, con la Iglesia, con la doctrina cristiana, con el Papa y la Jerarquía... «Siempre he pensado que la falta de lealtad por respetos humanos es desamor..., y carencia de personalidad» (n. 370), escribe. Y añade: «Cada día has de crecer en lealtad a la Iglesia, al Papa, a la Santa Sede... Con un amor siempre más ¡teológico!» (n. 353).

Pero el cristiano no es un solitario o un asocial, sino un miembro de la comunidad humana. No puede, por eso, desentenderse de los problemas de la sociedad civil. No le convence a Monseñor Escrivá de Balaguer la distinción, frecuente en algunos tratadistas, entre virtudes *personales* y virtudes *sociales*, porque «no cabe virtud alguna que pueda facilitar el egoísmo; cada una redonda necesariamente en bien de nuestra alma y de las almas de los que nos rodean. Hombres todos, y todos hijos de Dios, no podemos concebir nuestra vida como la afanosa preparación de un brillante *curriculum*, de una lucida carrera. Todos hemos de sentirnos solidarios y, en el orden de la gracia, estamos unidos por los lazos sobrenaturales de la Comunión de los Santos»<sup>10</sup>.

Al cristiano, por tanto, corresponde el derecho y el deber de ordenar según Dios todos los asuntos terrenos. También esta enseñanza pertenece al núcleo del espíritu del Opus Dei, que anticipó las solemnes declaraciones del Concilio Vaticano II sobre la misión propia de los laicos en la Iglesia y en el mundo<sup>11</sup>. El capítulo *Ciudadanía* refleja bien esta doctrina y subraya fuertemente la secularidad como característica esencial del modo de santificarse de la inmensa mayoría de

<sup>10</sup> *Amigos de Dios, cit.*, n. 76.

<sup>11</sup> Cfr. Concilio Vaticano II, Cons. dogm. *Lumen gentium*, n. 31; Decr. *Apostolicam actuositatem*, n. 2.

los hombres. «Tu vocación de cristiano te pide estar en Dios y, a la vez, ocuparte de las cosas de la tierra, empleándolas objetivamente tal como son: para devolverlas a Él» (n. 295).

No hay, por tanto, ninguna oposición entre ser miembro de la ciudad de Dios y de la ciudad terrena, ni puede separarse la religión de la vida. «De lejos —allá, en el horizonte— parece que el cielo se junta con la tierra. No olvides que, donde de veras la tierra y el cielo se juntan, es en tu corazón de hijo de Dios» (n. 309). Los católicos tienen la grave obligación de influir cristianamente en la vida civil, cada uno según sus personales preferencias, con plena libertad en las cuestiones temporales. Inhibirse, por comodidad o por miedo, de la participación activa en las leyes que regulan la educación, la cultura, la vida familiar, etc., puede llegar a constituir un pecado de omisión: porque «no son derechos nuestros: son de Dios, y a nosotros, los católicos, Él los ha confiado... ¡para que los ejercitemos!» (n. 310). En definitiva, «en la misma entraña de la sociedad, del mundo, los hijos de Dios han de brillar por sus virtudes como linternas en la oscuridad —“quasi lucernae lucentes in caliginoso loco”» (n. 318).

En este contexto de responsabilidad ante las tareas civiles se encuadra la justa preocupación social que debe caracterizar a los cristianos. «No me asegures que vives cara a Dios, si no te esfuerzas en vivir —siempre y en todo— con sincera y clara fraternidad cara a los hombres, a cualquier hombre» (n. 624). Y esto por una razón muy sencilla: «Un hijo de Dios no puede ser clasista, porque le interesan los problemas de todos los hombres... Y trata de ayudar a resolverlos con la justicia y la caridad de nuestro Redentor. Ya lo señaló el Apóstol, cuando nos escribía que para el Señor no hay acepción de personas, y que no he dudado en traducir de este modo: ¡no hay más que una raza, la raza de los hijos de Dios!» (n. 303). Y añade, con el deseo de espolear una honda preocupación social en los cristianos: «cuando tu egoísmo te aparta del común afán por el bienestar sano y santo de los hombres, cuando te haces calculador y no te conmueves ante las miserias materiales o morales de tus prójimos, me obligas a echarte en cara algo muy fuerte, para que reacciones: si no sientes la bendita fraternidad con tus hermanos los hombres, y

vives al margen de la gran familia cristiana, eres un pobre inclusero» (n. 16).

Y es que la justicia, para el Fundador del Opus Dei, no se reduce a un frío equilibrio de derechos y deberes, sino que exige amar, poner en ejercicio todas las energías del corazón. «Amar es... no albergar más que un solo pensamiento, vivir para la persona amada, no pertenecerse, estar sometido venturosa y libremente, con el alma y el corazón, a una voluntad ajena... y a la vez propia» (n. 797). Este principio, aplicado a las relaciones con Dios, se concreta en la fidelidad a los deberes religiosos aunque no haya devoción sensible; en el trato con los demás, lleva a poner siempre el corazón, que es cariño humano y caridad sobrenatural, en el cumplimiento de los deberes de justicia.

De la virtud cardinal de la fortaleza trata *Surco* en cuatro capítulos. Uno está centrado en lo que suele considerarse como el acto principal de esta virtud: *sustinere*<sup>12</sup>, la capacidad de resistir ante las dificultades y adversidades de la vida, que es paciencia, reciedumbre, constancia. Es el titulado *Sufrimiento*, que da luces sobre el sentido del dolor: «El Señor, Sacerdote Eterno, bendice siempre con la Cruz» (n. 257), de la que proviene siempre la eficacia sobrenatural y también, en gran medida, la humana: «¡Cuánta neurastenia e histeria se quitaría, si —con la doctrina católica— se enseñase de verdad a vivir como cristianos: amando a Dios y sabiendo aceptar las contrariedades como bendición venida de su mano!» (n. 250).

El otro aspecto de la fortaleza, *aggredi*<sup>13</sup>, que es esfuerzo positivo para superar la dificultad, es el tema dominante del capítulo *Luchas*, que refleja bien a las claras la experiencia del autor en la dirección de almas. Su lema está condensado en una expresión del salmista —*nunc coepi!*<sup>14</sup>—, que Monseñor Escrivá de Balaguer vivió personalmente durante toda su vida, y enseñó a vivir a millares de personas, animándolas a comenzar y a recomenzar constantemente en las peleas de la vida interior, porque ésa es la manera de avanzar realmente por

<sup>12</sup> Cfr. Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 123, a. 6.

<sup>13</sup> Cfr. Santo Tomás, *S. Th.* II-II, q. 123, a. 6.

<sup>14</sup> Cfr. *Ps* 76, 11 (Vg).

el camino de la santidad, a pesar de las tentaciones del demonio, de la propia debilidad, y de las derrotas parciales. «“Nunc coepi!” —¡ahora comienzo!: es el grito del alma enamorada que, en cada instante, tanto si ha sido fiel como si le ha faltado generosidad, renueva su deseo de servir —¡de amar!— con lealtad enteriza a nuestro Dios» (n. 161). En esta pelea diaria por cumplir la voluntad divina, el Fundador del Opus Dei descubre la esencia de la vida cristiana, porque «lucha es sinónimo de Amor» (n. 158).

Otras manifestaciones de la fortaleza se recogen en los capítulos *Audacia*, *Generosidad* y *Ambición*, con interesantes apuntes sobre la magnanimidad —virtud que impulsa a emprender trabajos grandes y difíciles, como la santidad y el apostolado— y la valentía, virtud necesaria para llevar a cabo tareas que sobrepasan las propias fuerzas.

La última virtud cardinal es la templanza, que regula —bajo el imperio de la recta razón, y a la luz de la fe— el desordenado apego a los bienes sensibles. Como de ordinario, Monseñor Escrivá de Balaguer no presenta esta virtud como algo negativo, ni como simple moderación, sino como ejercicio del amor. En una sociedad hedonista como la actual, los consejos del autor de *Surco* tienen una especial resonancia. Escribe: «Hoy no bastan mujeres u hombres buenos. —Además, no es suficientemente bueno que el que sólo se contenta con ser casi... bueno: es preciso ser “revolucionario”.

«Ante el hedonismo, ante la carga pagana y materialista que nos ofrecen, Cristo quiere ¡anticonformistas!, ¡rebeldes de Amor!» (n. 128).

Entre las exigencias de una vida templada, el autor dedica un capítulo a la virtud de la pureza, «humildad de la carne» (cfr. n. 834), que es «afirmación del amor» (n. 831). Cada uno ha de vivirla según las exigencias del propio estado —soltero, casado, viudo, sacerdote—, y todos han de poner los medios que la ascética cristiana nos enseña: la oración y la frecuencia de sacramentos, la huida de las ocasiones, la sinceridad en la dirección espiritual, el recurso confiado a la Virgen.

La humildad acostumbra a considerarse como parte potencial de la templanza, en cuanto modera el afecto a los bienes del espíritu. Es una virtud eminentemente cristiana, que tiene su base humana en

el conocimiento propio. A ella se refiere el autor en casi todas las páginas de *Surco*, aunque le dedica específicamente dos capítulos. También aquí resulta muy difícil reflejar adecuadamente la doctrina del Fundador del Opus Dei. Quiero señalar, sin embargo, las coordenadas que —a mi juicio— delimitan su enseñanza. Una es la honda convicción de la propia miseria, en relación a la absoluta perfección de Dios; la otra es la convicción, también absoluta, de que —a pesar de esa miseria— el Señor desea hacer grandes cosas por medio de las criaturas que Él mismo elige como instrumentos. De la armonía de estos dos elementos resulta una humildad radicada en la verdad, como escribía Santa Teresa de Jesús<sup>15</sup>, bien lejana de la engreída y mentirosa actitud del soberbio, como de la humildad postiza y afectada del pusilánime. Lo expresa Monseñor Escrivá de Balaguer con una acertada comparación: «Cuando el Señor se sirve de ti para derramar su gracia en las almas, recuerda que tú no eres más que el envoltorio del regalo: un papel que se rompe y se tira» (n. 288).

La humildad es virtud absolutamente básica en el camino del cristiano. Si ella falta, todas las demás no son verdaderas virtudes. Por eso la predicó tanto el Fundador del Opus Dei, a lo largo de su vida. No me resisto a transcribir el primer punto del capítulo sobre esta virtud, porque constituye un buen resumen de lo que acabo de decir. Escribe:

»«La oración” es la humildad del hombre que reconoce su profunda miseria y la grandeza de Dios, a quien se dirige y adora, de manera que todo lo espera de Él y nada de sí mismo.

»«La fe” es la humildad de la razón, que renuncia a su propio criterio y se postra ante los juicios y la autoridad de la Iglesia.

»«La obediencia” es la humildad de la voluntad, que se sujeta al querer ajeno, por Dios.

»«La castidad” es la humildad de la carne, que se somete al espíritu.

»«La mortificación” exterior es la humildad de los sentidos.

»«La penitencia” es la humildad de todas las pasiones, inmoladas al Señor.

<sup>15</sup> Cfr. Santa Teresa de Jesús, *Las Moradas*, VI, 10.



»—La humildad es la verdad en el camino de la lucha ascética» (n. 259).

Para terminar esta sucinta exposición, sólo me resta señalar los capítulos sobre *Alegría y Paz*, que el autor de *Surco* considera como los frutos maduros de una vida virtuosa. En efecto, a impulsos del Espíritu Santo, el cristiano que se esfuerza por ejercitar las virtudes humanas y las virtudes sobrenaturales se llena, ya en esta vida, del *gaudium cum pace*, al tiempo que se convierte en «*sembrador de paz y de alegría por todos los caminos de la tierra*». Y, lo que es más importante, se hace acreedor a la vida eterna.

De este modo, la práctica habitual de las virtudes humanas es, en el cristiano, *camino* para llegar a la bienaventuranza celestial. «Siendo Dios el Sumo Bien del hombre —escribió San Agustín—, se sigue que la vida santa, que es una dirección del afecto al Sumo Bien, consistirá en amarle con todo el corazón, con toda el alma y con todo el espíritu. Así se preserva el amor de la corrupción y de la impureza, que es lo propio de la templanza; le hace invencible frente a todas las adversidades, que es lo propio de la fortaleza; le lleva a renunciar a todo otro vasallaje, que es lo propio de la justicia; y, finalmente, le hace estar siempre en guardia para discernir las cosas y no dejarse engañar por la mentira y el dolor, que es lo propio de la prudencia. Ésta es la única perfección humana que consigue gozar de la pureza de la verdad, y la que ensalzan y aconsejan uno y otro Testamento»<sup>16</sup>.

Muchas veces comentó el Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer que podía haber incluido un mayor o menor número de puntos en *Camino*; si eligió 999 fue por un motivo de piedad personal. Como a otros grandes hombres de la historia de la Iglesia, también al Fundador del Opus Dei le gustaba *jugar* con los números. Le atraía particularmente el número 3, y sus diversos múltiplos —el 9, el 27, etc.—, porque le recordaban el misterio de la Santísima Trinidad, el máximo dogma de la fe cristiana, del que era tan devoto. Por eso, como un homenaje muy personal al Dios Uno y Trino, quiso que en

<sup>16</sup> San Agustín, *De moribus Ecclesiae Catholicae et de moribus manicheorum*, libro I, cap. 25 (PL 32, 1330-1331).

*Camino* figuraran 999 puntos de meditación; así tuvo ocasión de explicárselo personalmente al Papa Pablo VI —asiduo lector de este libro, que conocía y había meditado desde 1945—, cuando el Santo Padre se lo preguntó en una de las entrevistas que mantuvo con Monseñor Escrivá de Balaguer.

■ A los 999 puntos de *Camino*, se suma en *Surco* uno más. La razón se encuentra en el pensamiento que pone fin a estas páginas: «Escribo este número para que tú y yo acabemos el libro sonriendo, y se queden tranquilos los benditos lectores que, por simplicidad o por malicia, buscaron la cábala en los 999 puntos de Camino» (n. 1.000).

■ Ya se advirtió anteriormente que estas páginas no constituyen un tratado teológico sobre las virtudes, sino puntos de meditación que han de leerse con las disposiciones de quien desea sinceramente recorrer los caminos de la vida interior. Sólo así podrán ser entendidas en su verdadera luz, sin distorsiones ajenas al espíritu de su autor. Sin embargo, precisamente por subrayar con fuerza el lado *humano* de la vida cristiana, las consideraciones de *Surco* pueden ayudar a todo tipo de personas, también a no católicos e incluso a no cristianos. Esta realidad, ampliamente documentada en el caso de *Camino*, podrá reproducirse —con la ayuda de Dios— también con este nuevo libro del Fundador del Opus Dei, el segundo de una trilogía que quedará completa con la publicación de *Forja*, también preparado por Monseñor Escrivá de Balaguer antes de su fallecimiento.

■ Es lo que ruego a Dios, por mediación de la Santísima Virgen y de San José, y recurriendo también a la intercesión del Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer. «Ojalá que estas páginas hasta tal punto sirvan de provecho —así lo pido a Nuestro Señor— que nos mejoren y nos muevan a dejar en esta vida, con nuestras obras, un *surco* fecundo» (prólogo).

© by EDICIONES RIALP, S.A., Sebastián Elcano, 30, 28012 MADRID.